



## AVISO LEGAL

Capítulo de libro: *Immigración y europeización*

Autor del capítulo: Taboada, Hernán G. H.

Título del libro: *Retos del exilio y la migración en nuestra América*

Autores del libro: Santana, Adalberto; de la Mora, Rogelio; Molina Nieto, Erick Ulises; Peredo Castro, Francisco; Benítez Sierra, Sara Mariana; Alatríste Guzmán, Oscar; Castañeda García, Laura; Sena Sánchez, Margarita Isabel; Delgado Criado, Teresa; Sierra Kehoe, María de las Mercedes; Ranero Castro, Mayabel; Taboada, Hernán G. H.; Vargas Canales, Margarita Aurora; León Romero, Fernando; Cristóbal Ramírez, Grecia; Domínguez Guadarrama, Ricardo; Hernández Martínez, Jorge; Vázquez Ortiz, Yazmín Bárbara; Palomé Délano, Valentín; Cuevas Molina, Rafael; Massón Sena, Caridad.

Colaboradores del libro: Martínez Hidalgo, Irma (diseño y edición de interiores); Brutus H., Marie-Nicole (diseño de cubierta); Santana Hernández, Adalberto; Castañeda García, Laura (coordinadores).

ISBN del libro impreso: 978-607-30-9151-0

ISBN del libro en PDF: 978-607-30-9114-5

DOI del libro: <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073091145e.2024>

Trabajo realizado gracias al Programa UNAM-PAPIIT AG400420

Forma sugerida de citar: Taboada, H. G. H. (2024). *Immigración y europeización*. En A. Santana y L. Castañeda (coords.). *Retos del exilio y la migración en nuestra América*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 2024 Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.  
<https://cialc.unam.mx>  
Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# INMIGRACIÓN Y EUROPEIZACIÓN<sup>1</sup>

*Hernán G. H. Taboada*

Colonícese el país con sus propios habitantes.

SIMÓN RODRÍGUEZ (1828)

Las migraciones europeas de los siglos XIX y XX han recibido un trato privilegiado en la investigación, tanto la de los países expulsores, como de los receptores. Los primeros las han enfocado como un episodio fundamental en la difusión de su cultura y la expansión de su poderío; los segundos, como hito fundador de su identidad nacional. Ni unos ni otros suelen considerar un aspecto central: tales migraciones hicieron parte de un proceso de europeización cultural que abarcó el conjunto de la ecumene.

En este proceso global, los países de nuestra América constituyeron el ejemplo más acabado, tan radical que hoy no se suele percibir su carácter reciente, sino que se lo proyecta hacia el pasado, haciéndoselo remontar a la Conquista misma. Se habría producido en ese momento fundador, se nos dice, la absorción de América a algo que se llama cultura europea o cultura occidental. El presente escrito aspira a evitar el anacronismo que semejante modelo interpretativo implica, y a retomar el tema desde una mirada a las migraciones modernas más abarcativa en el tiempo y el espacio.

## UNA CIVILIZACIÓN PROPIA

Al llegar los invasores ibéricos a América en el siglo XVI, no existía un nombre de conjunto para el continente, tampoco había conciencia mutua de su existencia. Sin embargo, los nombres que se trajeron e impusieron — América, indios— daban cuenta de una unidad geográfica y de un

basamento cultural profundo. Este último derivaba del bagaje material y espiritual aportado por los primitivos migrantes paleolíticos, pero desarrollado y reinterpretado en el nuevo medio. “Visto un indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos en cuanto al color y contextura”, la frase de Antonio de Ulloa (1772) es expresión de cierta confusión etnocéntrica, pero también de la conciencia de dicho basamento, que trasciende el fenotipo y que ha persistido hasta ser todavía hoy referente de las más variadas propuestas nacionales.

Sobre tan amplio basamento se instalaron, a partir del siglo XVI, unos invasores que habían heredado diversas identidades religiosas o locales premodernas —las que asumían con los nombres, que los indios retomaron, de *cristianos* o *castellanos*— y que empezaban a reconocer otras identidades ligadas a los modernos Estados nacionales —y entonces los documentos oficiales y la letra impresa, más que el habla cotidiana de los que llegaban, de los que aquí estaban y de los indios, hablaban de *españoles* o *portugueses* —, pero que no se referían a sí mismos como *uropeos*, nombre que hasta entonces estaba reservado, en ambos lados del Atlántico, al ámbito erudito.

Con ellos dio inicio la etapa llamada colonial, tradicionalmente descrita desde la mirada imperial, pero de la cual en los últimos tiempos también se han subrayado los fenómenos de mestizaje y criollismo. Estos constituyen, en una perspectiva ecuménica, la más amplia, rápida y profunda etapa de transculturación en la historia: “de factores tan descompuestos jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas”, podía decir José Martí en 1891. Una prueba de su acierto es la apropiación de esos nombres de mestizaje y criollismo —que habían surgido o fueron resignificados en América— por parte de la actual academia global para designar realidades sociales y culturales también en Europa, Asia y África.

En ese vasto proceso de transformación, los ahora llamados indios, que durante milenios habían desconocido su existencia más allá de ciertos límites inmediatos, adoptaron el nombre impuesto desde fuera, y con él una identidad superadora del ámbito local en que habían vivido. Los profundos cambios que sufrió su cultura material y espiritual no se limitaron a las regiones efectivamente incorporadas a los imperios ibéricos, sino que fueron mucho más allá, tocando poblaciones que nunca habían visto en persona a los invasores, pero cuya vida cotidiana era afectada por estos a través de los

artefactos, animales, enfermedades o ideas que a través de los más variados intermediarios les llegaban.

Los invasores, por otro lado, sufrieron transformaciones igualmente profundas. Éstas no aparecen suficientemente enfatizadas en los muy sobados discursos de la raza cósmica, la aculturación y el ajiaco, articulados desde el siglo XIX por representantes de la cultura dominante y que en el fondo postulan un proceso casi unidireccional de incorporación de los indios a la cultura importada, la cual habría adquirido con el contacto tan sólo un “maquillaje con color local” (Guillermo Bonfil Batalla). Posiblemente ocurrió lo contrario y el elemento definidor fue durante mucho tiempo ese basamento constituido por los indios.

La razón era la muy escasa afluencia de invasores del Viejo Mundo: pocos miles, sobre una población aborigen que conservadoramente evaluamos en unos 60 millones en el momento del contacto, pero podría ser el doble. Fueron los mismos indios los actores principales de la Conquista, como aliados o fuerza auxiliar de los invasores y, a pesar de su posterior colapso demográfico, fueron siempre mayoría frente al goteo de inmigrantes transatlánticos. Estos provenían de países demográficamente endebles: en ese mismo momento del contacto, Portugal contaba con un millón de habitantes. El conglomerado llamado España, por su lado, iba resultando cada vez más despoblado en relación con sus vecinos transpirenaicos (8 millones de habitantes, frente a 16 de Francia). Era resultado de su desarrollo menos dinámico y también de la carga misma del imperio.

Tan escasa población metropolitana se topaba, además, con restricciones técnicas y jurídicas para el traslado hacia Indias: aun contando con los numerosos arribos clandestinos desde el Viejo Mundo, no podía haberse dado un mestizaje biológico abundante. Éste pertenece a la época de la migración masiva del siglo XIX; antes de la misma, hallamos la adopción selectiva y peculiar de elementos transatlánticos, los cuales, por otro lado, eran mucho más la expresión de culturas locales, campesinas, en ocasiones primitivas, que subsistían bajo el rótulo de los Estados español y portugués, que una cultura “nacional” y mucho menos “europea”.

La situación demográfica se tradujo en el predominio de las lenguas amerindias, generales en el campo y muy habladas en las ciudades, inclusive por los mestizos y criollos, pero con cambios léxicos, sintácticos y semánticos importantes. Tales transformaciones quedan mejor explicadas

con el ejemplo de la cristianización: ésta no sólo abarcó las poblaciones dominadas, sino también muchas de las libres, y se realizó en pocas décadas. Aciertan los moralistas de antaño, los adversarios religiosos de siempre y los historiadores de hogaño, cuando insisten en la superficialidad y en la persistencia de rasgos del anterior paganismo. Pero, por otro lado, éste en realidad feneció completamente como sistema, no revivió cuando podía haberlo hecho una vez conseguida la libertad de cultos republicana, o en nuestros días, cuando apenas tiene expresiones minoritarias y de influencia *new age*. Lo que surgió fue una variante original de catolicismo, que permeó todas las clases sociales, tan profundo que hoy puede incluso mutar hacia expresiones marxistas o evangélicas manteniendo su espíritu.

Consideraciones análogas podrían hacerse sobre otras variables culturales. Es importante la religión porque se encuentra en el núcleo de toda identidad civilizacional. En ese caso, el de una civilización colonial, es decir, una forma peculiar de enfrentar los diversos problemas de la existencia, regida por una gramática esencial que daba sentido a las más diversas expresiones personales y sociales. Se han identificado las reglas de esta gramática en la Hispanidad (Ramiro de Maeztu), en la tradición católica tomista (Richard Morse) y con más acierto en el Barroco colonial elaborado por poblaciones, que con la conquista quedaron culturalmente huérfanas (Bolívar Echeverría).

En todo caso, se trataba de una civilización original que estaba definiendo, una vez pasado el trauma inicial de la Conquista, sus distintas expresiones, que iban desde la culinaria y la paremiografía, hasta las realizaciones artísticas, literarias e intelectuales que ya suscitaban atención y orgullo a fines de la Colonia. No se trata de ensalzar toda dimensión de esta civilización original: la misma se elevaba sobre las mismas bases de violencia, desigualdad, exclusión, patriarcalismo y especismo de las demás civilizaciones que entonces dominaban el Viejo Mundo desde Irlanda a Japón, desde Moscovia al Sahel, caracteres perversos que en América adquirirían cuantiosa presencia.

Con todo, eran bases fuertemente asentadas, con una coherencia que podía remontar a varios milenios de convivencia y adaptación en el medio americano. Resultaron conmovidas por el movimiento de europeización que la ecumene en conjunto empezó a experimentar a partir del siglo XVIII.

## LA DEMOGRAFÍA EUROPEA

Puestos a delimitar el movimiento de europeización, resulta necesario enfrentar algunos equívocos. Ya se mencionó el supuesto de la historiografía eurocéntrica acerca de una incorporación americana inicial. Dicho supuesto hace parte de otro más general acerca de la conversión de toda la ecumene a la civilización europea a partir del siglo XVI. Esta versión, que también recoge las interpretaciones críticas del eurocentrismo, debe revisarse: si una civilización europea existía entonces, era cierta unidad incipiente de elementos latinos, germánicos y eslavos, no una síntesis acabada, nada en todo caso que influyera sobre civilizaciones más antiguas y con expresiones más refinadas.

Vemos, en efecto, que los grandes imperios que se repartían la mayoría de los territorios afroeuroasiáticos de época protomoderna —otomanos, safavíes, mogoles, Ming o Tokugawa— siguieron evolucionando de acuerdo con sus coordenadas propias. Los visitantes europeos podían resultar en tales regiones una peligrosa molestia, pero tuvieron mínima influencia cultural y ningún poder político. A su vez, las culturas menos complejas tocadas por esa primera expansión colonial de portugueses o castellanos retomaron de estos determinados elementos, pero no se mostraron proclives a la conversión integral: ya se ha dicho que en América hubo desarrollos propios y algo parecido se dio en el Congo, donde el cristianismo aportado por los portugueses se combinó con bases culturales locales, o en Filipinas.

La situación empezó a cambiar desde fines del siglo XVIII, cuando sí puede hablarse de un movimiento de creciente influencia en el mundo, a partir de los países del Atlántico norte. A la presencia comercial ubicua, que ya se había asentado en los dos siglos previos, se agregó la penetración industrial, financiera y más tarde también política y militar. Como coronamiento, muchos elementos culturales de esa área que finalmente empezaba a denominarse a sí misma como Europa influyeron en los otros continentes. Eran elementos relacionados con técnicas productivas y organizacionales al principio, a los que se sumaron posteriormente otros más accesorios.

Sobre las razones de dicha expansión existen cantidad de teorías: las que subrayan la geografía privilegiada de Europa, su herencia clásica, su fragmentación política, su vocación técnica, el dominio colonial, etc. Sin

meternos en esa problemática, aquí se debe señalar que un capítulo de esa expansión europea —factor y a la vez resultado— fue el aumento demográfico: de 120 millones de habitantes en 1750, Europa pasó a tener 210 millones en 1850. No se trató de un episodio más de ese movimiento oscilatorio que desde el Neolítico venía afectando las sociedades premodernas, por el cual una etapa de aumento demográfico era seguida por otras de crisis epidemiológica y escasez alimentaria que volvía a reducir la población: por el contrario, desde el siglo XVIII, Europa logró escapar de estos ciclos, esa “trampa malthusiana”, mediante el desarrollo industrial, los avances en el transporte de alimentos y las mejoras sanitarias, pero también mediante la emigración masiva.

Resulta ilustrativo comparar con las otras áreas continentales. En época moderna, la población de África, debido al tráfico esclavista y las guerras que éste fomentó, permaneció estática, así como, al parecer, la población de Australia y Oceanía, víctimas sí de la trampa malthusiana. En cuanto a Asia, si bien en conjunto también creció considerablemente durante ese lapso, y siguió siendo el continente más habitado, sufrió el despoblamiento de algunas regiones y por única vez en la historia sus niveles de crecimiento fueron menores a los europeos, por lo que su margen de superioridad poblacional se redujo. La otra región que creció en proporción comparable con Europa, y en estrecha dependencia de ésta, fue América.

Tal dimensión demográfica no se suele notar en los panoramas sobre la hegemonía europea. Es el correlato del “reemplazo poblacional” de los blancos por inmigrantes del tercer mundo, cuyo fantasma agitan en nuestros días ciertos grupos conservadores. Si bien ésta no deja de ser una fantasía ideológica, señala el movimiento de un péndulo secular que oscilaba entonces con ventaja y hoy con desventaja europea. Es el que explica la presencia ubicua de soldados —mercenarios o imperiales— provenientes generalmente de las zonas más deprimidas: escoceses, sardos, suizos o hessianos. De zonas más prósperas en cambio salían los administradores, empresarios, comerciantes, religiosos, intelectuales, artistas y aventureros europeos esparcidos en todo el orbe. Pero sobre todo aquella expansión demográfica explica el citado movimiento migratorio masivo, “el más importante de la edad moderna y tal vez el mayor de la historia de la humanidad”.<sup>2</sup>

Éste abarcó todas las regiones del mundo. Empezó por migraciones internas hacia las ciudades y las zonas hasta entonces despobladas que se hallaban dentro de los Estados nacionales europeos, continuó hacia fronteras cercanas y de ahí fue progresivamente avanzando, como la corriente de alemanes que colonizó áreas del Báltico, los Balcanes y Rusia. Posteriormente, el siglo XIX vio surgir comunidades de europeos en los puertos y ciudades (a veces de fundación reciente) de Asia y África, vio colonizaciones agrícolas en El Cabo, Kenia, Palestina o el Magreb, y muy especialmente el movimiento hacia esas regiones que un poco abusivamente han sido llamadas Neoeuropas de ultramar: Australia, Nueva Zelanda y las Américas.

## LOS INMIGRANTES

Tal como se dijo, durante dos siglos, la llegada de europeos a los imperios coloniales ibéricos había sido escasa. En números, los superaban no sólo los amerindios, sino también los africanos que fueron traídos como esclavos, si bien la distribución regional fue muy despareja. Esta situación empezó a cambiar desde el siglo XVIII, al calor del aumento demográfico general de Europa, e hizo parte de la llamada “reconquista” de América por obra de los Borbones españoles y del Estado portugués. La política de los primeros se apoyó mucho en las zonas más dinámicas de España, el País Vasco y Cataluña, que habían participado del crecimiento demográfico europeo. De dichas regiones, hasta entonces teóricamente cerradas a la migración a Indias —las cuales estaban reservadas para los castellanos— fueron partiendo sucesivas oleadas humanas.

El rastro más perceptible a un primer examen es la renovación onomástica, desde los nombres de pila que se modernizaron, hasta la nueva profusión de apellidos vascos y catalanes. Estos últimos aparecen como los más relevantes en la última etapa colonial, así como en la Guerra de Independencia, y son en gran parte los apellidos de las actuales élites latinoamericanas. Hubo también una renovación lingüística y posiblemente también un fuerte aporte fenotípico, visible en las colecciones de retratos —que hoy exhiben mansiones y museos, y que entonces se pusieron de moda entre los grupos enriquecidos— y hasta en las representaciones de santos, cristos y vírgenes.

Dicha etapa no sólo dio lugar a la llegada de españoles del norte. Las autoridades borbónicas se apartaron de una regla impuesta desde el siglo xvi y permitieron el asentamiento de extranjeros, siempre que católicos, en Indias. Estos no habían esperado el permiso, y las fuentes nos los descubren cada vez con mayor evidencia a medida que avanza el siglo xviii, ya incluso sin el recurso de la españolización de sus apellidos, sobre todo en los puertos americanos. No faltaban individuos del más diverso origen —japoneses, armenios, griegos, polacos, rusos— pero la mayoría eran originarios de la Europa occidental —Italia, Flandes, Alemania, Francia, Inglaterra, Irlanda.

Todavía en el momento de la independencia, la mayoría de la población en la futura América Latina era ajena a la lengua, cultura y fenotipo europeo. Había, sin embargo, comenzado ese vasto movimiento migratorio antes señalado, que correspondía a la expulsión de una población europea creciente debida a la modernización, al transporte más rápido, seguro, cómodo y barato, y a las políticas estatales de atracción. En el tránsito del siglo xviii al xix, que fue también el tránsito a la hegemonía mundial europea, sus efectos se señalaron con mayor vigor en Estados Unidos, pero paulatinamente se extendieron también a las colonias ibéricas y continuaron, ya sin ninguna brida legal, una vez que éstas lograron la independencia. Fue entonces, paradójicamente, que llegaron más españoles y portugueses que en los siglos coloniales, como del mismo modo fueron más los ingleses, escoceses e irlandeses que llegaron a Estados Unidos que los que llegaron a las Trece Colonias. Todos eran parte de una migración ya no más a cuentagotas, sino masiva.

La misma se convirtió en la fórmula mágica que resolvería los problemas que dejaban los siglos coloniales: despoblamiento, falta de mano de obra y de una cultura del trabajo moderna, de hábitos de frugalidad y progreso. Eran problemas reales, pero es notable que los programas de la Independencia convocaban a los pueblos del mundo, aspiraban a convertir a América en refugio de europeos, pero también de asiáticos. Estos últimos, en cambio, desaparecieron de las intenciones posteriores. A lo largo del siglo xix, las leyes, aunque muy poco respetadas, trataban de impedir su desembarco, y sólo como un mal menor fueron aceptados en el Caribe y la zona andina, donde chinos, indios y japoneses, hasta polinesios y malayos, fueron llevados en condiciones de semiesclavitud.

Hubo también grandes migraciones internas, hacia las ciudades y hacia las zonas más prósperas, migraciones entre países latinoamericanos, un acomodamiento general de la población bajo las nuevas condiciones del capitalismo. Hoy son fenómenos poco atendidos por la investigación, y entonces eran descuidados por los hacedores de política o vistos con sospecha y hasta obstaculizados. En efecto, el centro de atención de unos y otros son y fueron las migraciones de europeos. Entre ciertos círculos se insistía en los del sur, católicos y más afines a las costumbres locales, pero en general se aspiraba a tener ingleses, alemanes, escandinavos. Hasta se habló de la mejoría de la raza, de su fortalecimiento y embellecimiento, y de la sustitución que los inmigrantes harían de una población indígena o mestiza que los dirigentes querían cada vez menos.

La anterior es una historia bastante conocida. Rara vez, sin embargo, se la relaciona con los grandes cambios culturales que tuvieron lugar en la segunda mitad del XIX.

## LA EUROPEIZACIÓN

Las décadas de la Independencia estuvieron dominadas por un fuerte sentimiento americanista. El mismo llegaba a expresar esa civilización propia que los tiempos coloniales habían ido conformando, y que ahora se proclamaba con entusiasmo al calor de la lucha. Ésta, además, permitió la incorporación de elementos populares y el encuentro de americanos de diferentes regiones. El resultado fueron unos años eufóricos en los que se exaltaron las culturas indígenas y se repetía a menudo que América se convertiría en el centro de la ecumene, en paraíso de prosperidad, libertad, igualdad y luces, en el faro que alumbraría a los demás continentes sumidos en el cautiverio y el fanatismo.

Nada de esto ocurrió y nuestros países transitaron hacia todos los males que todavía nos rigen. Por ello la generación posterior a la Independencia se burló de tamañas ilusiones de sus padres y buscó por otro lado la solución. No en América y sus culturas, que cada vez menos interés y aprecio suscitaban, no en la amplia ecumene extendida del Atlántico al Pacífico, sino en Europa, centro de ese mundo que se reconstituía a su alrededor y a su servicio, origen de las ideas y productos que nos inundaban. Sintetizó

este sentimiento Juan Bautista Alberdi: “Los que nos llamamos americanos no somos sino europeos nacidos en América” (1845).

Si bien la frase sólo fue posible en el medio peculiar de la comunidad argentina en Chile, un análogo sentimiento eurocentrista se estaba difundiendo en la América que pronto sería llamada Latina, un nombre revelador, que buscaba subrayar el vínculo con una región de Europa. Dicho sentimiento no era el de las mayorías —quizás ignaras de la referencia misma, que con frecuencia entendían borrosamente (hablaban de “Uropa”, “las Uropas”)—, sino el de los grupos que en esos años empezaban a adquirir la hegemonía económica, social y política, en virtud de amplias agrupaciones familiares asociadas e identificadas con el Atlántico norte.

La asociación e identificación fue cada vez más estrecha, se convirtió en alianza táctica (el “nuevo pacto colonial” del que hablan los historiadores) que les sirvió para derrotar a sectores identificados con otros proyectos, que además quedaron declarados fuera de la historia: las revueltas indígenas o populares fueron derrotadas, las afirmaciones tradicionalistas dejadas de lado, las poblaciones afroamericanas sumidas en el olvido. En los nuevos tiempos, se multiplicaron los viajes a Europa y la imitación de formas europeas, como infinidad de escenas costumbristas, denuncias moralistas o relatos satíricos exhibieron.

Los grupos triunfantes impulsaron la creación de los Estados que todavía dividen nuestro territorio, y de la correspondiente autoimagen nacional en cada uno. Ésta podía aludir al mestizaje, como en México, o a un antiguo esplendor precolombino, como en Perú, pero con más frecuencia a la tradición española/portuguesa y católica, como en Colombia o Guatemala, o —en el ejemplo rioplatense que parecía ser el más exitoso— a una más general herencia europea.

Se trata, según se ha dicho, de una tendencia general en el sistema mundial que se estaba reconfigurando, la que explica el cambio genérico de imagen urbana, indumentaria, ritmos cotidianos, organización familiar que se empezó a notar en la Europa mediterránea, en los Balcanes, el Medio Oriente o el Magreb, hasta en ciudades enclavadas en viejas civilizaciones como India, China o Japón. Una sociedad criolla, la de los boers sudafricanos, fue conquistada militarmente y reincorporada a las formas europeas de las que, como en América, se habían alejado. Similar reincorporación experimentó la cultura oficial de Estados Unidos y se ha

hablado al respecto de la aparición de una sociedad atlántica. Ninguna región, sin embargo, tuvo un proyecto tan identificado con la europeización cultural como el de nuestros países.

Los elementos y factores del mismo son conocidos: sistemas políticos y jurídicos que eran calco de los europeos, como lo eran modas y formas de vida, literaturas, arte e ideas, el viaje a Europa como anhelo vital, sistemas educativos que se propusieron alfabetizar en lenguas imperiales, ideología de la élite cada vez más tributaria del gran relato del ascenso de lo que se llamaban países cristianos o países europeos, o algunos empezaban a llamar países occidentales, y este relato se infiltraba hacia abajo en los manuales escolares, en la prensa, la nascente narrativa, el lenguaje cotidiano mismo y la más profunda psicología individual. Se constituyó así ese sentido común que todavía nos rige.

Para explicar tal enraizamiento ya antes rechacé el anacronismo de suponerle un origen desde la Conquista. Tampoco satisface traer a cuento el impulso estatal, ya que en muchos otros territorios extraamericanos éste fue insuficiente: ni Japón ni Turquía cambiaron su base cultural. Resulta más convincente aludir a la presencia en las ciudades americanas de los migrantes europeos. No fueron los únicos: junto a ellos había migrantes llegados del campo, la sierra y las selvas, pero su visibilidad era mucho menor, estaban confinados a los suburbios, a tareas inferiores y subalternas. También llegaron migrantes del Medio Oriente y de Asia oriental, pero portaban una cultura con mucho menor prestigio, ellos mismos aspiraron a adoptar formas de vida europeas, y su influencia quedó reducida a poco más que la cocina: desde los tacos al pastor mexicanos hasta las chifas andinas.

En cambio, los elementos europeos ocupaban lugares cada vez más centrales, espacial y socialmente. Fueron los “neocriollos” que en México recordaba (1908) Andrés Molina Enríquez, los cuales pronto se asentaron sólidamente en la escena económica, emparentaron con las familias dominantes y accedieron a la acción política y al protagonismo cultural. Por debajo de ellos se extendía un mundo más humilde de intelectuales, artistas, tenderos, sirvientes y artesanos también europeos, de rápido ascenso. La narrativa pronto los vio figurar en descripciones rencorosas o amigables, adquirieron apodos grupales, entre los cuales sobresalieron los de “gallegos”, “gachupines”, “tanos”, “barcelonetes” y “gringos”. Eran la prueba del éxito de las políticas de renovación poblacional, la imagen del país que los

visitantes extranjeros veían predominantemente, la que el aparato de poder les quería mostrar.

Resultaban muy visibles sobre todo porque, como se dijo, tales inmigrantes terminaban estableciéndose en las ciudades, donde los caracteres distintivos de la modernidad se hicieron mayormente sentir desde fines del siglo XIX: casas, barrios y mobiliario urbano se expandieron, se poblaron y se embellecieron. Tales ciudades, especialmente las capitales, fueron la sede de la prensa y las instituciones educativas, de los movimientos artísticos, intelectuales y políticos innovadores, desde el modernismo hasta las vanguardias, desde los socialismos a los nacional-populismos.

En aquéllas se afincaron los migrantes: si bien podían, tal como las políticas buscaban, asentarse originariamente en el campo, antes o después ellos o sus hijos lo abandonaban debido al tradicional urbanocentrismo de nuestra región y a la posición de los inmigrantes en determinados ámbitos de actividad (desde los intelectuales y artísticos hasta los del pequeño comercio, la gastronomía, el espectáculo y la hotelería). Ello les otorgó un lugar tanto en la cultura popular (cocina, música, lenguaje), como en el panorama fenotípico urbano. Todas estas realidades eran sobredimensionadas en los discursos nacionales que, paralelamente, suponían que los indios estaban desapareciendo, y pusieron en marcha una especie de genocidio simbólico y estadístico para reducir su número y su presencia pública. Ocurrió especialmente en el Río de la Plata, pero relatos análogos también se propusieron en el resto de los países latinoamericanos.

Desde estas posiciones los inmigrantes podían mostrar sentimientos de ajenidad u hostilidad al país receptor, podían idealizar los lugares de los que la pobreza los había expulsado, podían echar mano al recurso frecuente de inventarse un pasado prestigioso en ellos (ya desde la Colonia se decía que en España todos habían sido nobles o amigos de personajes) y soñar perpetuamente con el regreso. Fueron, como siempre, manotazos inútiles contra la corriente de las cosas y sus hijos no compartieron nostalgia, añagaza o frustración: para ellos el punto de referencia era el país de nacimiento y los vemos con frecuencia como ideólogos nacionalistas, reivindicadores de la herencia indígena o la colonial.

Sin embargo, estaban guiados por matrices culturales que les eran relativamente inconscientes. Para padres e hijos, aun nietos y bisnietos, Europa siguió funcionando como el referente básico: aunque dejara de ser

patria añorada para convertirse en origen de todo mal, seguía suministrando las categorías centrales para el entendimiento del mundo. Son los muy conocidos elementos de lo que se ha postulado como una etapa peculiar en la “dialéctica de la conciencia americana”, como diría Leopoldo Zea: los latinoamericanos habríamos querido abandonar nuestra herencia ibérica para adoptar la de los países transpirenaicos o anglosajones, imitar a los países extranjeros que estaban a la vanguardia del progreso.

En este deslizamiento del referente identitario, repetimos, tuvo papel principal la transformación demográfica. Los migrantes y sus hijos ocuparon en las instituciones sociales y políticas y, sobre todo, en el aparato cultural, un lugar más importante que sus números, y desde el mismo impulsaron la identificación con la España castiza, con la España liberal, con Italia o Alemania —dependiendo del origen y época en que llegaron— y más líricamente con la Francia que todos querían perpetuamente visitar, o con la Europa del Renacimiento o la Grecia clásica.

Estos referentes se fueron lentamente apagando cuando la época de las migraciones desde Europa terminó y el predominio demográfico del mundo se trasladó a otras regiones. Hoy nuevas oleadas conmocionan América Latina. Las conforman migraciones internas originadas en el empobrecimiento y violencia de ciertos territorios; otras externas, de africanos o asiáticos. El resultado es un nuevo panorama social, cuyas traducciones intelectuales e identitarias ya van perfilando, y que prometen borrar esas imágenes europeas que dominaron durante algunas generaciones.

<sup>1</sup> Para quienes todavía consideran la necesidad de explicitar objetivos, hipótesis y fuentes, o algo que entienden como marco analítico o historiográfico, remito a una bibliografía básica que es sólo una parte de lo que he leído para pergeñar estas páginas. En el caso de ciertos lectores, les encarezco la frecuentación de algún diccionario básico de la lengua en caso de tropiezos con el vocabulario que utilizo. Véase Juan Bautista Alberdi, “La acción de Europa en América” [1845], en *Autobiografía: la evolución de su pensamiento* (Buenos Aires: Jackson, 1945), 116-135; Solange Alberro, “La aculturación de los españoles en la América colonial”, en Carmen Bernand (comp.), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años* (México: FCE, 1994), 249-265; Guillermo Bonfil Batalla, *Simbiosis de culturas: los inmigrantes y su cultura en México* (México: FCE/Conaculta, 1993); Carlo M. Cipolla, *Historia económica de la población mundial* (México: Grijalbo/Conaculta, 1990 [1962]); Jonathan Daly, *Historians Debate the Rise of the West* (London/New York: Routledge, 2014); John Darwin, *El sueño del imperio: auge y caída de las potencias globales, 1400-2000* (Madrid: Taurus, 2012); Bolívar Echeverría, *Discruso crítico y modernidad. Ensayos escogidos* (México: Ediciones desde Abajo, 2011); Felipe Fernández-Armesto, *Las Américas: historia de un hemisferio* (Barcelona: Debate,

2014); Denys Hay, *Europe: the Emergence of an Idea* (New York: Harper & Row, 1967 [1957]); Charles Mann, *1493: una nueva historia del mundo después de Colón* (Buenos Aires: Katz, 2013 [2011]); Michael Kraus, *The Atlantic Civilization: Eighteenth-Century Origins* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1966 [1949]); Massimo Livi Bacci, *Historia mínima de la población mundial* (Barcelona: Ariel, 1990); Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad* (Madrid: Rialp, 2017 [1931]); Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, Arnaldo Córdova (pról.) (México: Era, 1983 [1909]); Richard M. Morse, *El espejo de Próspero: un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo* (México: Siglo XXI, 1999); Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX* (Barcelona: Crítica, 2015); Hernán G. H. Taboada, “La europeización de América”, *Dimensões* 35 (julio-diciembre de 2015): 128-146; Hernán G. H. Taboada y Andrés Kozel (comps.), *En busca de la civilización latinoamericana* (México: CIALC-UNAM, 2022); Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica: del romanticismo al positivismo* (México: El Colegio de México, 1949).

<sup>2</sup> Carlo M. Cipolla, *Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea, 1400-1700* (Barcelona: Ariel, 1967).